ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG
OFICINA DE ENLACE MADRID

Feminismos que cuidan y resisten desde abajo

Nazaret Castro Buzón

Investigadora y docente en la Universidad de Cádiz (UCA). Integrante del colectivo de investigación feminista La Laboratoria y facilitadora de la Escuelita de Formación Política Conspirar en El Puerto de Santa María. Editora en la revista Amazonas. Autora y coautora de varios ensayos, entre ellos Abramos las cancelas (La Laboratoria, 2023) y Los monocultivos que conquistaron el mundo (Akal, 2019)

AKAFEM

A nadie se le escapa que vivimos en tiempos de vértigo, de cambios acelerados en los que nos resulta cada vez más difícil contextualizar, matizar, digerir las experiencias colectivas. 2018 fue un año clave para los feminismos –la diversidad del movimiento feminista es tal que preferimos nombrarlo en plural– por la masividad y la radicalidad que logró el movimiento en países como Argentina y el Estado español. Desde entonces, sin embargo, las cosas han cambiado mucho. La Internacional neofascista (Castro 2019, Tamayo 2019) ha logrado un avance impensable hasta hace poco y ha colocado al feminismo entre sus principales enemigos. La sensación generalizada es de repliegue, mientras que hace unos años era de avance imparable. Sin embargo, lo que aquí denominaremos *feminismos populares* sigue avanzando a su forma, en sus tiempos, desde las iniciativas concretas, aparentemente pequeñas frente a los gestos grandilocuentes que demandan los medios de comunicación y redes sociales *mainstream*. En ese contexto, la educación popular y la colectivización y politización de los cuidados se tornan en estratégicos para pensar el cambio, en tanto entendamos que las nociones caducas de la revolución ya no nos sirven. Visibilizar lo que fue negado y valorizar lo que fue infravalorado se torna así una de las mayores bazas a nuestro alcance para la transformación social.

Las líneas que siguen pretenden aportar al debate en torno a esos feminismos que, desde abajo, traman sus resistencias desde el sostén de la vida, politizando y visibilizando aquello que invisibilizó el mandato histórico patriarcal que dejó los cuidados en manos de las mujeres. Para indagar en ello, tomamos ideas y prácticas de teóricas militantes y de militantes que hacen teoría feminista, desde Silvia Federici a Verónica Gago, de Almudena Hernando a María José Barrera; y entrevistamos a seis mujeres que despliegan su praxis desde la politización de los cuidados y las condiciones materiales de la existencia: Antonia Ávalos, Tatiana Romero, Helena Silvestre, Pilar Emitxin, Marta Malo y Alba Martínez.[1]

Las experiencias de las que daremos cuenta bien podrían agruparse dentro de lo que Marijose Barrera llama “activismo de puchero” (Barrera 2025): ese tipo de militancia donde lo que toma protagonismo es una dimensión colectiva del autocuidado, en el que todas cuidamos de todas, comenzando por lo más inmediato y cotidiano: preocuparnos de si están resueltas las necesidades materiales de nuestras vecinas y compañeras de lucha y, en caso contrario, ponernos en marcha para hacer algo que le ponga remedio a la miseria material y simbólica a la que nos empuja este sistema patriarcal, capitalista y racista. En la presentación de su libro en el Ateneo Eliseo Reclús, en Jerez de la Frontera, Barrera llamó a los movimientos sociales a “ser resolutivos”, es decir: a ser prácticas y eficientes a la hora de resolver esas necesidades materiales, en lugar de perdernos en abstracciones alejadas de nuestras vidas y nuestros cuerpos. No

[1] Entrevistas realizadas por teléfono entre octubre y noviembre de 2025.

se trataría, entonces, de prepararnos para una revolución futura que depende del cumplimiento de unos requisitos que alguien establece desde arriba, sino de revolucionar lo cotidiano con pautas de cuidado que desmontan la jerarquización de lo humano que se ha establecido a lo largo de los últimos cinco siglos. Es lo que Marta Malo expresa al decir: "Estamos para nosotras",[2] subvirtiendo el mandato patriarcal del cuidado que nos empuja a ser abnegadas cuidadoras del "otro", del varón despegado e ignorante del mundo de los cuidados. O lo que nombra Helena Silvestre cuando subraya que, en un mundo que empuja a la miseria e incluso a la muerte a amplias capas de la población, mantenernos vivas es el más político de los gestos.

"Comíamos y a la vez desarrollábamos pensamiento"

En Sevilla, Mujeres Supervivientes lleva años militando entre fogones y delantales. Son entre 15 y 18 mujeres, con altibajos según lo exigen las reducidas opciones laborales de estas mujeres migrantes y precarizadas: "Somos nómadas por esta inestabilidad económica y existencial que te impide arraigar, por la que tan pronto te vas a los chiringuitos en verano como a Francia cuando llega la época del corte de uvas, o a Madrid de interna cuando no hay otra cosa", explica Antonia Ávalos, cofundadora de Mujeres Supervivientes. Son las puertas giratorias de las trabajadoras pobres.[3] Antonia narra así cómo llegó al comedor social que sostiene el colectivo desde más de una década, en la plaza del Pumarejo desde 2013:

> Empezamos a raíz de la crisis de 2008: éramos un grupo de mujeres migrantes que no teníamos para comer ni para nuestros hijos y, cuando logramos que nos cedan un espacio de la Universidad de Sevilla, entonces cada una llevaba un puñado de arroz, lentejas, aceite y empezamos a hacer las ollas populares comunitarias como se hace en nuestros países: Colombia, Bolivia, Argentina o México. *Comíamos y a la vez desarrollábamos pensamiento*. Y empezó a circular la idea en torno a cómo es posible, todas cuidando enfermos o limpiando casas, sin contrato, superexplotadas, la tristeza de no tener para comer y pagar un alquiler, nos daba rabia, impotencia y frustración y nos empezamos a autoorganizar.

Las conversaciones entre fogones comenzaron a alentar el debate, el aprendizaje unas de otras y la inevitable línea de puntos que se va tejiendo entre unas y otras violencias:

[2] Es el título de su fanzine publicado en 2021.

[3] Con esta expresión se subraya la precariedad y temporalidad de los oficios que deben encadenar las mujeres pobres, del campo a los cuidados, pasando por la hostelería y el trabajo sexual. De esto hablamos en las Jornadas de Feminismo Sindicalista que organizó La Laboratoria junto al Museo Reina Sofía en febrero de 2022 (disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=rjtqt-ejnQs). Véase también Pinto y Castro (2023: 70).

> Yo estaba escribiendo mi tesis doctoral y leía a muchas autoras, otras compañeras también estaban estudiando, y empezamos a poner en común lo que cada una estudiaba por su cuenta. Ahí fuimos dándole nombre a toda esta violencia estructural [...], y en ese proceso de politizar y hacer conciencia de que solo nos teníamos unas a otras, porque nunca veíamos justicia en ningún lado, ni en universidades ni en instituciones, nos cuidábamos, nos reconocíamos, con y sin papeles, con y sin estudios o vivienda, y *eso es nuestro mayor capital, ese reconocimiento mutuo*.

Antonia interrumpe nuestra conversación para servir un café a un hombre que pasa por el comedor a pedir un té. Es noviembre y ya está frío. Conversa con él y, cuando vuelve al teléfono, sigue contándome cómo el comedor ha sufrido altibajos. En tiempos de pandemia, perdieron la subvención del Ayuntamiento de Sevilla, en un momento de desborde, en el que muchas personas habían perdido sus trabajos y el comedor era más necesario que nunca. Sus delantales se convirtieron en símbolo no sólo de supervivencia colectiva sino de combate a la represión:

> En aquel momento las filas de gente que necesitaba comida eran larguísimas. Había mucha solidaridad y apoyo, pero también venía la policía y cargaba contra las personas sin papeles, nosotras vimos cómo golpeaban a algunas. Nosotras, con los mandiles, nos poníamos a mirarlos: no podíamos hacer fotos, pero los mirábamos siendo testigos del abuso contra las personas y no podíamos decir nada porque si se metían aquí había más gente sin papeles. Pero sirvió: nuestros mandiles eran como el escudo: nuestra mirada, migrantes con papeles y españolas como testigos, mirándolos; nunca nos dijeron nada, hasta que dejaron de venir.

Actualmente, el comedor sigue funcionando, pero se sienten acorraladas. Perdieron la subvención del banco de alimentos y siguieron funcionando con donaciones de particulares, pero desde que el Pumarejo está en obras, temen que quieran echarlas. No deja de sorprender la falta de apoyo a este tipo de iniciativas que suplen necesidades colectivas de las que las administraciones estatales tienden a desentenderse cada vez más, dejando las necesidades básicas de la gente bajo el arbitrio del mercado y su misteriosa mano invisible.

Lo político es doméstico – y lo personal es material

Sostiene Rita Segato (2016) que, si bien el patriarcado como lógica de dominación tiene una historia de miles de años, su combinación con la lógica de dominación propia del capitalismo, basada en el avance de la frontera de las mercancías (Moore 2020) sobre cuerpos y territorios, da paso a un *patriarcado de alta intensidad* en el que se combinan las lógicas patriarcales preexistentes con nuevas formas de dominación y expropiación del valor, que pasan por la invisibilización y apropiación del valor que producen las mujeres y de las tareas

que realizan para garantizar el sustento de la comunidad. Silvia Federici (2018) aporta una de las claves para entender cómo se da ese paso a una lógica de dominación patriarcal de alta intensidad al explicar el impacto que tuvo la proletarización de las clases populares en Europa después de la implantación del modo de producción capitalista. Federici categorizó este fenómeno como *patriarcado del salario*. Para Federici, el salario, antes que una cierta cantidad de dinero, es "una forma de organizar la sociedad", de "crear jerarquías, de crear grupos de personas sin derechos, que invisibiliza áreas enteras de explotación como el trabajo doméstico" (2018: 19).

Así como ha requerido constantemente de periferias de las que extraer valor (Luxemburgo 2007; Harvey 2004; Moore 2020), el régimen de acumulación capitalista necesitó siempre apropiarse de trabajo no retribuido. El patriarcado del salario crea esa nueva forma de trabajo, muy específica históricamente, que es producto de una separación propia de las relaciones de producción capitalistas: trabajo de producción –retribuido– y de reproducción –no retribuido– que es específico de sociedades gobernadas por la ley del valor de cambio (Federici 2018). En esta operación, se profundiza la separación entre el espacio público y el privado, que confina a las mujeres en este último.

El patriarcado del salario no sólo desvaloriza, sino que niega el valor de ese trabajo, que es "gratis", que no tiene precio; así puede ser expropiado por la máquina capitalista. La ciencia económica, en su elaboración del 'homo economicus', hace *como si* no existieran ni fueran necesarias esas tareas; se apoya en un orden social más profundo, el patriarcal, que construye lo que Almudena Hernando llama *la fantasía de la individualidad*: la idea ilusoria de que "el individuo puede concebirse al margen de la comunidad, y que la razón puede existir al margen de la emoción" (Hernando 2018: 35). En otras palabras: la falsa autonomía de los privilegiados –varones, blancos y propietarios– se yergue sobre la heteronomía de los grupos oprimidos (Mies y Shiva 2015).

El orden patriarcal niega el valor de las tareas de cuidado al tiempo que las asigna a las mujeres. Estas tareas no son apenas desvalorizadas: son invisibles, a pesar de que son absolutamente esenciales para el cuidado de la vida y para la propia existencia de la comunidad. Ahora bien: a esas tareas de cuidado y sostén comunitario el capitalismo colonial y patriarcal no sólo le niega su valor económico, sino también su carácter eminentemente político. Como señala Rita Segato,[4] decir con Kate Millet que lo personal es político es quedarse cortas: más bien, habría que enfatizar que *lo político es doméstico*. Toda dimensión política de la vida pasa, en primer lugar, por la resolución de las necesidades básicas de la existencia, que es la preocupación y responsabilidad básica de las mujeres en los

[4] Así lo enunció Segato en una conferencia organizada por CLACSO en Buenos Aires, en 2018.

hogares. La división dicotómica de lo público y lo privado esconde la invisibilización radical de la politicidad de los cuidados. Cuando aceptamos el antagonismo entre la *polis* y el *domus*, ya hemos asumido la derrota. Así lo expresa la historiadora y activista mexicana Tatiana Romero:

> La política, incluso si pensamos en Aristóteles, es la toma de decisiones para el beneficio de una colectividad. Qué hay más doméstico que eso: satisfacer las necesidades de la clase trabajadora. Decir "lo personal es político" genera una confusión entre lo que es afectivo y lo material, cuando no puedes disociarlo. Lo afectivo pasa por decisiones que son materiales, como cuando eliges sostener materialmente a tu novia en paro. *Lo personal es material y, por tanto, colectivo.*

Cuidado comunitario en los márgenes

Helena Silvestre, escritora y militante afroindígena en favelas y ocupaciones de tierras de São Paulo, explica así este carácter eminentemente político del cuidado comunitario:

> Las mujeres han estado en todos los conflictos, anónimas e indispensables. Pero, desde una lectura patriarcal de qué son las luchas y qué es político, se ocultan sus activismos, así como el trabajo reproductivo y de cuidado. Se olvida que la práctica política surge en la cotidianidad. En las ocupaciones de tierras y en las favelas, las mujeres siempre tuvieron un lugar silencioso, pero imprescindible. No existe comunidad sin el trabajo de las mujeres.

Sea en las comunidades rurales o en las periferias de las grandes urbes, sea en el Sur Global o en los sures que habitan en todos los nortes, las tareas domésticas no se desarrollan de puertas adentro, sino que salen a la calle y se resuelven colectivamente. Las ollas populares, también conocidas como 'ollas comunes', se despliegan en barrios populares de países como Chile, Argentina y Perú, cuando las mujeres se organizan para cocinar y dar de comer a su comunidad. Lo que hay, se gestiona en común, se reparte. Porque estas mujeres saben que no es una opción quedarse esperando a que el Estado resuelva los problemas. Y estas luchas "encierran una identidad colectiva, constituyen un contrapoder y abren un proceso de autovaloración y autodeterminación del cual tenemos mucho que aprender" (Federici 2020). En palabras de Helena:

> He llegado a la conclusión de que, como comunidad, hacemos mucha política. Una actuación política que es imprescindible a la permanencia del sistema, mantenemos vivas a las personas a pesar de todo, sostenemos con maneras comunitarias el cuidado de niños, y eso no está hecho solamente por mujeres que se nombran militantes sino por vecinas que se conocen y se solidarizan con el hecho de que una es madre sola y no tienen otra manera que no sea salir y dejar su *guagua* [niñe] para salir a trabajar y no encuentra cupo en guardería porque no hay suficientes. Cómo no leer eso como una actitud profundamente política de manutención de la vida de una población que el mercado y el Estado quieren

> eliminar. Entonces, eso es una actividad comunitaria, cotidiana, profundamente antisistema, porque se planta como un bloqueo a que el poder realice todas sus ganas de eliminación genocida. [...] Somos gente que está haciendo esa transfusión de recursos desde hace siglos. Entonces, *es profundamente político, pero no logramos verlo* porque decidimos que para ser política una acción debe cumplir algunas exigencias. Entonces, donde no hay jerarquía no hay orden; donde no hay programa no hay horizonte; donde no hay un discurso único no hay unidad... [...] Las mujeres están, todos los días, haciendo gestión colectiva de la vida. Que estemos vivas es la prueba de que esta gestión local que realizamos comunitariamente y con fuerza las mujeres, es política, funciona, y está completamente en antagonismo con lo que quiere el Estado y el mercado, que es la eliminación de nuestra gente y de nuestras maneras de vivir. Y esa forma de vida incluye un modo de vincularnos comunitariamente, que es distinta de lo que proponen las leyes cuando dicen "ciudadanía".

Repolitizar los cuidados

Sacar las ollas y los delantales a la calle, devolver los cuidados a la concepción de lo colectivo y lo comunitario que nunca debieron perder, es, por tanto, un horizonte de los feminismos populares, barriales, indígenas y comunitarios en nortes y sures. Marta Malo, activista madrileña con una extensa historia de militancia a sus espaldas, lleva años investigando los cuidados. Ella habla del "repudio de los cuidados" para referirse al borramiento y desvalorización que requiere la "fantasía de la individualidad" de la que hablaba Almudena Hernando. Pensando en colectivo con sus compañeras de Precarias a la Deriva, Marta llegó a entender cómo tal borramiento interconecta con los ejes de clase y racialidad:

> Observamos que se dibuja una frontera entre cuidados "blandos" como la educación y la gestión del hogar, y aquellos cuidados "duros", como cambiar pañales y fregar el suelo, que son los que quedan marcados por el uso de uniforme: son lo sucio para la sociedad. Y así fuimos entendiendo *lo violento que es ese borramiento de los cuidados en el reparto de la riqueza*: cómo empobrece a quienes se encargan de esos cuidados "duros".

Ella prefiere no hablar de "crisis de los cuidados", sino más bien de "reorganización neoliberal de los cuidados", para enfatizar cómo el neoliberalismo impuso una gestión de los cuidados que "los privatiza y jerarquiza por clase y raza de manera aún más agresiva". Ahora estaríamos ante una nueva vuelta de tuerca: "la fascistización de los cuidados" en tiempos de ascenso de las ultraderechas:

> Esas dos lógicas, la más neoliberal del autocuidado, que cada cual es responsable de sostener su propia vulnerabilidad –como si acaso eso fuera posible, como si no fuéramos seres sociales– convive con una nueva restauración de la familia nuclear como valor, como ideal normalizador más que como hecho. Porque el

> hecho estadístico es que cada vez hay más personas que viven solas, más familias monoparentales, los hogares son cada vez más pequeños... y ante esos procesos de individualización creciente y de miniaturización de la familia, cada vez es más difícil sostener los cuidados.

Pensar en términos de cuidado colectivo "tiene mucho que ver con liberarnos de la subjetividad neoliberal" que todo lo individualiza y despolitiza, recuerda Marta. Pero siempre nos obliga a vigilar que nuestra revalorización de los cuidados sea también un rechazo del "mandato moral de dulzura de la madre abnegada", porque "no todo cuidado comunitario es necesariamente emancipador". Se trata de negar la abnegación al mismo tiempo que reclamamos cuidados colectivos que no están basados en el intercambio bidireccional, sino en "una reciprocidad que circula" en una sociedad en la que los varones serían corresponsables.

Recuperar y sostener los espacios de encuentro

En los años previos a la pandemia, el movimiento feminista experimentó un auge que combinó, como señala Verónica Gago, radicalidad y masividad.[5] Sin embargo, en 2025 estamos en un momento político muy diferente, con una ultraderecha en franco ascenso que localiza en el feminismo a uno de sus principales enemigos. Para la ilustradora y activista Pilar Emitxin, que nos habla desde la Córdoba argentina, una clave de estos tiempos pasa por hacernos cargo de ese nuevo momento político sin dejarnos abatir por la sensación de repliegue, y buscar espacios de encuentro, de presencialidad, en los que sea posible abarcar debates serenos y profundos a contracorriente de la velocidad que imponen las redes sociales. Así comenzó, explica Emitxin, la Mateada feminista que desde comienzos de 2024 echaron a andar en Córdoba:

> Nuestra perspectiva era sostener un espacio que no sea organizador de eventos, que no tenga que ver con la urgencia, y comenzamos a mantener ese espacio una vez por mes. Cuando éramos pocas, se valoraba sostener el encuentro. Lo importante era recuperar la presencialidad, el quehacer cocinado a fuego lento. Hacernos cargo de que ya no estamos en aquel momento de masividad, pero eso no es un drama: si hacemos memoria histórica feminista, nos sirve mucho la experiencia de las compañeras que militaban cuando éramos cuatro en la plaza y eso no nos detuvo. No nos sirve medir nuestro éxito en números. Tenemos que experimentar, ensayar, y espacios como la mateada son una especie de laboratorio.

En tiempos de Instagram, recuperar la presencialidad se ha convertido en un objetivo para muchas colectivas. Clubes de lectura, cafés o mateadas feministas o espacios de educación popular toman protagonismo. Lo demuestran

[5] Véase la entrevista en Revista Amazonas, publicada el 13 de mayo de 2018: https://www.revistaamazonas.com/2018/05/13/veronica-gago/

iniciativas como la Escuelita de formación política de las Mujeres de Frente en Ecuador, o la Escola Abya Yala[6] en la periferia de São Paulo. Tales encuentros han servido de inspiración para la Escuelita Maite Amaya, que coordina La Laboratoria en Madrid, o la Escuelita de formación política Conspirar, que facilita quien escribe estas líneas en El Puerto de Santa María desde comienzos de 2025.

Cuando pregunto a Helena por la Escola Abya Yala, ella explica que, para llegar a ese experimento de educación popular en las favelas de São Paulo, antes pasó por la revista Amazonas, una publicación online hecha por mujeres que fue nació en 2018 y fue para Helena su primera experiencia de militancia entre mujeres:

> Eso me permitió conocer muchas reflexiones y experiencias protagonizadas por mujeres negras, indígenas, trabajadoras empobrecidas, putas, trans, migras; y yo sabía lo importante que es el aporte de las mujeres faveladas, porque la favela es un territorio de cruce: cuestión racial, la pobreza, la segregación territorial, el estigma. [...] Pensaba también cómo algunas compañeras mías que no leen mucho se podrían beneficiar de compartir con las reflexiones que estaban en los textos a los que yo pude acceder y, con todo esto en la cabeza, propuse un curso de tres días [...]. Y al final de los tres días de encuentro, las compañeras decían que debíamos seguir encontrándonos. Así que comenzamos a reunirnos regularmente.

Entonces llegó la pandemia, y esa red que se había constituido como un espacio de formación, se reorganizó hacia la urgencia de dar de comer a muchas familias que habían quedado abandonadas a su suerte:

> Como varias de nosotras hemos pasado por la experiencia del hambre en nuestra infancia, lo primero que fue una alerta fue que nuestra gente iba a pasar hambre, ¿qué hacemos? Teníamos compañeras con muchas dificultades y empezamos a organizar donaciones de alimentos, dinero, lo que sea. Y fuimos organizando una lista de mujeres que eran en general jefas de hogar y que podíamos intentar ayudar con algo. [...] No queríamos que ese trabajo fuera como la asistencia que el Estado ofrece: nos donaban comida ultraprocesada, pero una compañera empezó a colectar semillas. A veces recibíamos donaciones en dinero y entonces comprábamos comida de verdad. Nunca me olvidaré de una vez en que le llevé una canasta a una mujer, llevaba mazorcas de maíz, y cuando ella las vio, comenzó a llorar y me explicó que hacía mucho que no comía maíz y eso le hacía recordar a su infancia. Después recolectamos libros, folletos, mascarillas que otras compañeras que no podían exponerse se dispusieron a coser. Y finalmente también terminamos por acompañar todo: hacer vaquitas para pañales, acompañar duelos de personas que perdían gente...

[6] Abya Yala significa, literalmente, “tierra de la sangre fértil” y es como llamaba a su tierra el pueblo kuna, originario de la actual Panamá. Se ha convertido en los últimos años en una forma alternativa, no imperialista, de nombrar a América Latina.

La experiencia de Helena da cuenta de cómo las iniciativas desde abajo actúan, muchas veces, como semillas que llevan a otros lugares impredecibles, que son inconmensurables en los términos de evaluación que imponen muchas organizaciones. Si medimos el impacto de una actividad en número de participantes o en horas de formación, ¿de veras estamos captando su potencial transformador? La potencia feminista no puede reducirse a números. Asumir sus formas de validación puede llevarnos a minimizar lo que hacemos, en tiempos en que cultivar la esperanza pasa precisamente por entender, como decía Bloch (2007), lo posible es mucho más amplio que lo probable.

"Al entrar, deja tu privilegio del lado de fuera"

También enfatiza Silvestre la importancia de gestionar el privilegio, esto es, de intentar ponérselo más fácil a las que tienen situaciones más complicadas, para favorecer su participación y para "redistribuir las dificultades":

> Si vamos a hacer reuniones periódicas, que sean en el lugar más fácil para las que tienen una vida más difícil. Somos diversas y eso es una riqueza, pero hay que saber manejarlo para relacionarnos de una forma más horizontal. *No se trata de olvidar las diferencias, sino de nombrarlas y tomarlas en cuenta* para planificar cómo hacemos las cosas. No podemos salir a protestar por la masacre en Rio de Janeiro si antes no hacemos una vaquita para la compañera que no puede comprar gas. Aquí todas somos mujeres pobres, pero algunas tienen un sueldo fijo y otras no; algunas tienen cinco hijos y otras, ninguno. En la Escola Abya Yala tenemos un cartel que ponemos en la entrada: "Al entrar, deja tu privilegio del lado de fuera". En nuestras reuniones, puede que no tengas hijos, pero igual vas a cuidar de niños. Puede que hayas estudiado un doctorado, pero vas a hablar de la forma que sea más fácil para que la mayoría entienda y participe. Se trata de encontrar mediaciones que nos permitan seguir juntas, en lugar de enmascarar los conflictos con conceptos abstractos.

En la misma línea, señala Marta Malo:

> La inclusión de todas es una tensión y un horizonte: es imposible incluir a todo el mundo, pero si tenemos unos objetivos, en la práctica tenemos que ver cómo lo estamos recogiendo. Si nos reunimos en el centro a las 20 horas, seguramente las madres no van a poder participar y la experiencia de la maternidad se va a quedar fuera.

En lo concreto, esto implica poner especial atención a las barreras que las personas con vidas más precarias tienen a la hora de participar en nuestros colectivos. Las escuelitas de Mujeres de Frente y de La Laboratoria en Madrid tienen un sistema de becas pensado para que "ellas puedan permitirse dedicar un día a la formación en lugar de tener que trabajar", explica Tatiana Romero. Alba Martínez Rebolledo, integrante de la colectiva Jarana de Cádiz, aborda otras estrategias: desde pagar el transporte a quienes no tienen la forma de ir por su

cuenta a un encuentro provincial a eximir del pago de la cuota a quienes no pueden pagar, pasando por tener un intérprete de lengua de signos en los eventos organizados por la Comisión 8M y "reservar, en las manifestaciones, un espacio seguro y silencioso para la gente neurodivergente y para quienes tienen movilidad reducida".

Además, siempre hay conflictos, y abordarlos desde una perspectiva no punitivista es también una forma de cuidado. Como señala Alba:

> Partimos de la base de que vivimos en sociedades sexistas, capitalistas, individualistas, tránsfobas y racistas, y en cualquier momento podemos ser la persona que, de forma más o menos consciente, ejecuta una acción contra otra. En Jarana entendimos la importancia de crear grupos de mediación que permitan integrar este tipo de cuestiones de manera profunda, trabajando desde la humildad. Esto pasa también por identificar si hay una persona que está dejando de participar y tratar de entender qué está pasando.

Colectivas de base como Jarana tienen un gran potencial de transformación. "A menudo caemos en la desesperanza, en creer que todo está perdido, pero, aunque lo que hagamos sean pequeñas cosas, al trasladarlas al máximo de sitios posibles estamos creando semillitas. Nos fortalecemos para seguir caminando", afirma Alba. Antonia Ávalos recuerda aquella frase de Eduardo Galeano: "Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, puede cambiar el mundo". Para ella, este tipo de espacios son más urgentes que nunca, porque son los "verdaderamente genuinos".

Son también semillas que no sabemos hacia dónde nos llevarán. Antonia cuenta cómo, a partir de la experiencia del comedor, surgió la metodología con la que Mujeres Supervivientes acompaña los casos de violencia machista: la cartografía del proyecto vital. "Partimos de la idea de que los problemas individuales son estructurales". Y esa perspectiva surgió a partir de las conversaciones que se daban entre fogones. Helena Silvestre afirma que, si no hubiera participado de la Revista Amazonas, su primera experiencia de militancia entre mujeres, no habría impulsado la Escola Abya Yala. Y, sin la Escola Abya Yala y la larga amistad política que me une a Helena, yo no hubiera hecho lo propio con la Escuelita Conspirar en El Puerto. Son experiencias locales, pero eso no les resta potencial: quizá sea al contrario. En palabras de Helena: "No creo que lo que nos lleve al buen vivir sean soluciones universales, porque la universalidad es un mecanismo de borrar gente. Todas estas pequeñas cosas son acciones políticas y están esparcidas por todas partes". Hacia dónde nos lleven es imprevisible y, a la vez, lo estamos tejiendo, cada día, con nuestras propias manos.

Bibliografía

Barrera, María José (2025) La puta del pueblo. Activismo de puchero contra el estigma. Madrid: La Laboratoria.

Bloch, Ernst (2007) [1947] El principio esperanza I. Madrid: Trotta.

Castro, Nazaret (2019) "La Internacional neofascista", Público 5, marzo.

Federici, Silvia (2020) Reencantar el mundo. Feminismo y Política de los comunes. Madrid: Traficantes de Sueños.

Federici, Silvia (2018) Patriarcado del salario. Madrid: Traficantes de Sueños.

Harvey, David (2004) El nuevo imperialismo. Madrid: Akal.

Hernando, Almudena (2018) La fantasía de la individualidad. Madrid: Traficantes de Sueños.

Luxemburgo, Rosa (2007) La acumulación del capital. La Plata: Terramar Ed.

Malo, Marta (2021) Estamos para nosotras. Siete tesis por una práctica radical de los cuidados. Terrassa: Synusia Edita.

Mies, Maria y Vandana Shiva (2015) Ecofeminismo. Barcelona: Icaria.

Mies, Maria (2016) Patriarcado y acumulación. Madrid: Traficantes de Sueños.

Moore, Jason W. (2020) El capitalismo en la trama de la vida. Madrid: Traficantes de Sueños.

Pinto, Ana y Nazaret Castro (2023). Abramos las cancelas. La lucha de las jornaleras de Huelva por otro modelo de agricultura. Madrid: La Laboratoria.

Segato, Rita (2016) La guerra contra las mujeres. Madrid: Traficantes de Sueños.

Tamayo, Juan José (2019) "Neofascismo y religión. Los predicadores del neofascismo", en Guamán, Adoración, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), Neofascismo. La bestia neoliberal. Madrid: Siglo XXI.

Nazaret Castro Buzón
Diciembre 2025